

## Crítica de la modernidad

ALAIN TOURAINE, 68 años, es uno de los más importantes e influyentes sociólogos europeos. Director de reconocidos centros de estudios en Francia, sus investigaciones han girado en torno a los movimientos sociales, los problemas de países en desarrollo, especialmente latinoamericanos, y la sociología del trabajo. Autor de una veintena de libros, *Sociología de la acción o Producción de la sociedad*, entre otros, se han convertido en referentes a lo largo de los años sesenta y setenta. La aparición de *Crítica de la modernidad* (Temas de Hoy), el último trabajo de Touraine, ha sido celebrado por la crítica continental,

a lo largo de este año, como una de las aportaciones relevantes para el entendimiento de nuestro tiempo. En clave fin de milenio, el volumen emprende un recorrido por las bases conceptuales de la modernidad, que emergió en torno al siglo XVI, y despliega un examen sobre la deriva que ha sufrido en su última etapa.

**Pregunta.** Su nuevo libro es a la vez una historia y una crítica de la modernidad, cuyas bases considera caducas.

**Respuesta.** En mi opinión, la concepción clásica que asocia la idea de modernidad a la racionalización y secularización

está agotada. La modernidad inauguró la idea de que en un mismo mundo se encuentra lo sagrado, el terreno de la conciencia, y lo racional o el terreno de la ciencia. Estas dos partes, sin embargo, se han ido separando cada vez más, hasta el punto de que, actualmente, un número creciente de gente no encuentra relación entre lo objetivo y lo subjetivo. Esta es, de otra parte, la condición de lo posmoderno. El mundo de la cultura y el mundo de la acción instrumental —el de la economía y de la técnica— son mundos que ya no tienen nada que ver entre sí.

**P.** Y, a su parecer, ésta es una situación peligrosa.

**R.** Ciertamente, porque las consecuencias de esta separación son una degradación de ambos elementos hacia su forma extrema: la forma del poder. El siglo XX ha estado dominado por el enfrentamiento del totalitarismo de la objetividad y el racionalismo absoluto, autorrepresentado por el mundo comunista, y el totalitarismo de la subjetividad, característico del fascismo, los islamismos y movimientos parecidos. En todos ellos, el universo de la libertad ha dejado de existir. De una parte prevalece el lado instrumental, la ciencia, el poder del cálculo, la autoridad del mercado, y de otra impera el yo colectivo, la afirmación de la identidad. Si estos

dos mundos viven apartados, se pervierten recíprocamente y la libertad desaparece.

### Noción de sujeto

**P.** *Solución?*

**R.** Desde luego, no podemos regresar al mundo unificado, religioso y racional de la modernidad perdida. El mundo se ha dividido irremisiblemente, pero no debemos aceptar la disociación absoluta. ¿Solución? Es aquí donde yo he introducido una nueva formulación y he reivindicado la noción de sujeto. El sujeto es la voluntad del individuo o del grupo de hacerse dueño de su propia experiencia, de su propia vida, lo que exige desgajarse a la vez de la identidad colectiva y de la instrumentalidad técnica. Un ejemplo es el inmigrado. ¿Cuál es el problema del inmigrante norteafricano en Europa? El que plantea combinar una identidad —una memoria, una lengua, una alimentación, una religión— con los requerimientos de una fábrica en Milán o Hamburgo. Para que ese marroquí se integre en la comunidad no es necesario que se haga italiano o alemán; bastaría que se construyera como sujeto, con la capacidad de conjugar su identidad cultural con una racionalidad técnica y económica. Hoy es necesario conjuntar, como hacen los árboles, la raíz y las hojas. El sujeto es el que

combina estas cosas, y ésta es mi reivindicación. Una reivindicación que no se realizará nunca si el sujeto no reconoce al otro como tal y se constituye también, en relación al otro, amorosa y conflictivamente.

**P.** En sus palabras yace la idea de un contrato social idealmente democrático.

**R.** Mi próximo libro, que terminará a final de año, se titula *Qué es la democracia*. En el momento de nacer, en tiempos de la independencia americana y de la Revolución Francesa, la democracia era considerada como el triunfo de lo universal y de la razón, pero actualmente ya no queda nada de estas visiones. Llamamos hoy régimen democrático justamente a aquello que crea el mayor espacio posible, y más protegido posible, de la mayor diversidad posible de sujetos. Así como antes se combatía por el derecho de las mayorías, hoy debe reclamarse el respeto a las minorías.

**P.** ¿Cree usted, por tanto, que el actual sistema democrático ha perdido validez?

**R.** Yo soy crítico respecto al sistema actual. Y no soy el único. Creo que el mundo occidental se siente tan satisfecho de su victoria sobre el mundo soviético, evidentemente antidemocrático, que ahora tiende a identificar democracia y mercado político competitivo.

**P.** Usted ha escrito a este propósito que la actual sociedad ha quedado reducida a los caracteres del mercado.

**R.** Así es, y rechazo la idea de una democracia asimilada a la de un mercado político donde compiten dos partidos como si se tratara de un par de marcas comerciales entre las que se escogerá libremente.

Esto no es democracia. La democracia significa libre elección de los gobernantes por los gobernados, pero también limitación del poder del Estado, asunción de que los ciudadanos pertenecen a una colectividad responsable y genuina, representación de los intereses sociales. En síntesis, la democracia debe ser liberal, republicana y social. Y cada uno de estos principios fuertes no se reduce a la libertad de elección entre productos cuya naturaleza no puede cuestionarse. La determinación de la política por el mercado es una condición altamente negativa. De acuerdo, la economía de mercado es una condición necesaria..., pero no suficiente.

**P.** ¿Y cree usted que existe alguna relación entre la crisis económica y ética actual y lo que usted considera el fin de la modernidad?

**R.** Sin ninguna duda. Yo diría mucho más: no saldremos de la crisis actual si permanecemos apegados a una imagen de la modernidad que podríamos

llamar industrialista. Verá usted: lo que todos llamamos la crisis es una crisis de empleo. El problema radica en responder a la cuestión de cómo se puede crear empleo para atender a las necesidades sociales. ¿Pero cuáles son las necesidades sociales presentes? Nadie se mueve ya para adquirir un nuevo coche o un nuevo televisor. Las necesidades que se han de satisfacer, y que la población demanda ahora, son aquéllas como la capacidad de autonomía, la capacidad para gestionar sus vidas y no quedar abandonado y aplastado. Crearemos trabajo si creamos empleos en servicios, pero no de acuerdo con su sentido convencional. Los empleos convencionales, en industria y servicios, se están creando y se seguirán creando en los países subdesarrollados. En estos países los empleos a crear estarán relacionados con asistencias y cuidados personalizados.

**P.** ¿Y cree usted posible este giro?

**R.** Desde luego. En mi alternativa no propongo nada en contra de la economía sino con la economía. Los suecos han desarrollado mucho el trabajo a tiempo parcial —hasta el 80% u 85%—, lo que permite a las mujeres ocuparse más de los niños y combinar un aspecto profesional con un aspecto personal; mientras nosotros, con la vieja racionalización, creemos que para que la mujer sea moderna

es preciso que trabaje sin diferencias con los hombres. De acuerdo que ella tenga las mismas posibilidades, pero no hay que impedir que si una parte de las mujeres desea ganar menos y cuidar a sus hijos puede hacerlo.

**P.** De esto viene hablándose desde hace cierto tiempo y, sin embargo, nada cambia de forma relevante.

**R.** Cualquiera que sean las resistencias, los Gobiernos democráticos no pueden oponerse sistemáticamente a las demandas de los ciudadanos. El punto capital es la formación de la opinión pública, y de ahí la responsabilidad de los intelectuales, de los periodistas y los medios de comunicación en estos tiempos. La vida política se encuentra hoy retrasada respecto a la realidad social, tal como ha ocurrido en otras épocas de la historia. Es preciso, por tanto, crear una conciencia social que impulse a modificar las decisiones tanto desde la gobernación nacional como desde los organismos internacionales. Actualmente es patética la falta de debates e ideas; y sin nuevas ideas Europa marchará irremisiblemente al subdesarrollo y la catástrofe.

**P.** ¿Está pensando también en la guerra?

**R.** Existe un riesgo de guerra muy débil, pero si Rusia se encuentra amenazada de descomposición, podría generarse allí un

poder militar con una lógica de guerra. Pero no creo que sea ésta la situación. En cuanto al resto del mundo, la causa principal de guerra entre las grandes potencias ha desaparecido. ¿Puede imaginarse que Estados Unidos provoque una especie de Pearl Harbour al revés para destruir la competencia japonesa? El peligro me parece de otro orden. Nada de guerras ni de sublevación social. En América Latina, durante los años ochenta, el nivel de vida ha bajado en un 15% o en un 25%, según los

casos. ¿Qué ha pasado? Nada de nada en ninguna parte. Nada de revolución ni de sublevaciones. Sí ha existido, sin embargo, criminalidad, informalización social; se ha creado otra sociedad a través del narcotráfico, la droga, el contrabando, y han brotado sectas por todas partes. Se ha gestado una especie de parasociedad, y la gran palabra no es explotación, sino exclusión. Así como el gran problema no es hoy la amenaza de la agresividad, sino de la pasividad. ☹